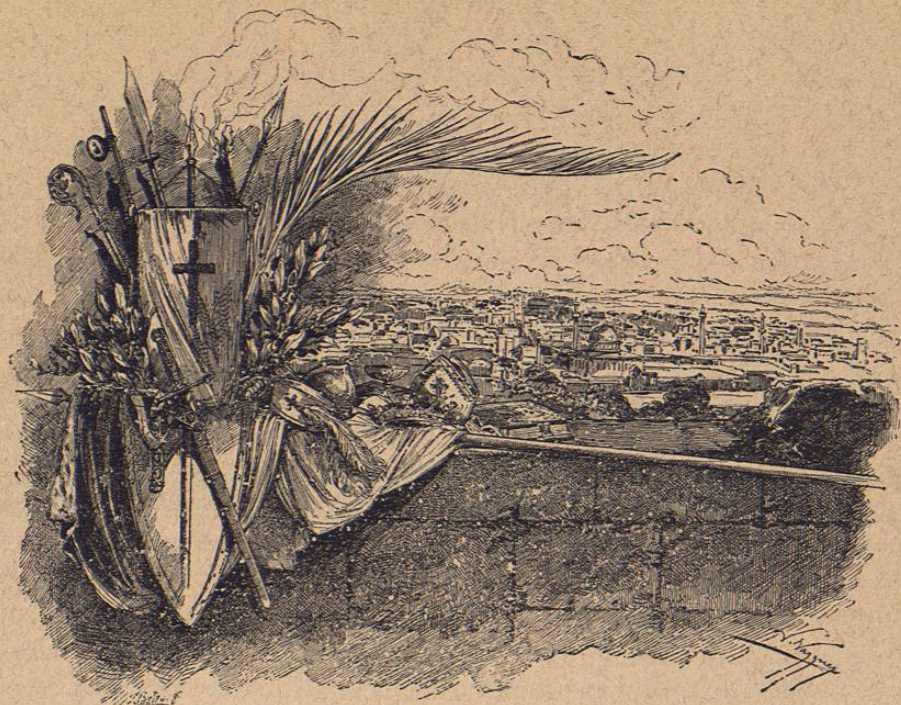


- 19.º G. M... FR. GUILLERMO DE SONNAC, natural del Lenguadoch, gobernó la Orden desde 1247 hasta 1250, en el cual, despues de perder un ojo en la batalla de Mausoráh, al cabo de tres dias murió en otra batalla.
- 20.º G. M... FR. RENALDO DE VICHIER, natural de Champaña, preceptor de Francia y mariscal de la Orden, la gobernó desde 1250 hasta 1256.
P. Bertholet supone como á sucesor á *Fr. Foulques de San Miguel*.
Y Ducange á su vez pone como sucesor á *Fr. Aymerico*, Gran Comendador de las casas de Francia.
- 21.º G. M... FR. TOMÁS BERART, cuya patria se ignora, gobernó la Orden desde 1257 hasta 1273: no consta fuese preso por los sarracenos.
Algun autor supone por sucesor á *Fr. Roberto*; otro supone que fué *Fr. Guifredo de Salvaing*.
- 22.º G. M... FR. GUILLERMO DE BELLJOCH, natural de Borgoña, hijo de una ilustre familia que tomó el nombre del castillo de Belljoch cerca de Grai sobre el Saona, fué Comendador de la Pulla; gobernó la Orden desde 1274 hasta 1291, en el cual murió gloriosamente defendiendo á Tolemaida.
- 23.º G. M... FR. TEOBALDO GAUDINI, llamado comunmente el *monje Gaudini*, se ignora si era francés ó italiano, sin embargo lo último es más probable por el apellido; gobernó la Orden desde 1291 hasta 1298.
- 24.º G. M... FR. JACOBO DE MOLAY, natural de la diócesis de Besanzon (Borgoña), oriundo de las casas de Longvic y de Raon, gobernó la Orden desde 1298 hasta el 13 de octubre de 1307, que fué arrestado con todos sus caballeros en la casa del Temple de París.
Dicho Gran Maestro fué quemado el 18 de marzo de 1214.



CAPITULO PRIMERO

El Asia.—Mahoma y el Islamismo.—Victorias y derrotas del falso profeta; peregrinación á la Meca; su muerte.—Omar conquista Jerusalem.—Crueldades de los musulmanes contra los cristianos en Palestina.

EL Asia! ¡Qué recuerdos, cuanta luz, cuanta sombra, cuanta gloria, cuanta decadencia, cuanto esplendor, cuanta ruina evoca en la memoria esa sola palabra! Las tradiciones bíblicas, la crítica histórica, la filología, la etnografía, todas las ciencias antropológicas á una están contestes en señalar al Asia como cuna del género humano, de donde parten las razas, de donde brotan los idiomas, de donde irradian las civilizaciones que perdidas ya ó aniquiladas en su punto de partida, florecen aún al través de las edades, llevando en sí gérmenes asiáticos que se transforman, pero ni desaparecen ni mueren.

La civilizacion asiática persiste estacionaria en los países centrales y en los del Oriente, que si en algo se transforman, débese á la accion refleja que sobre ellos ejerce la Europa, ante cuya civilizacion cedieron ya hace siglos los países occidentales, caidos primero bajo la dominacion griega y más tarde sujetos á la romana, la cual al uncir á su yugo un peque-

ño pueblo asiático, no podía presumir que abría los cauces á una civilización nueva que pasando de Judea á Roma, debía irse infiltrando en el imperio, propagarse con las persecuciones, extenderse con los ríos de sangre en que se le pretendió ahogar, hacer enmudecer la voz de los filósofos romanos, dejar desiertos de sacerdotes los templos idolátricos, despoblar el Olimpo de sus dioses, y obligar á que ante ella se postrasen de rodillas desde el último esclavo hasta el triunfador César.

Convertido al Cristianismo Constantino el Grande, y proclamada la paz religiosa en el Imperio, los cristianos pudieron satisfacer los impulsos de su devoción que les arrastraban á los santos Lugares en que se consumió el mas alto hecho que registra la historia religiosa y profana. Aun los mismos autores que llevados por las modernas corrientes de naturalismo, niegan la divinidad de Jesucristo, sienten por El tan profundo respeto que raros son los que osan insultar su memoria, y negarle cuando menos el dictado de Justo. No hay quizá un solo filósofo, sea materialista, sea ateo, sea deísta, que desconozca lo inmensamente benéfica que ha sido para los hombres la predicación de la doctrina del Evangelio. Si á tales consideraciones de orden puramente humano unimos la consideración de los tesoros de gracia sobrenatural derramados sobre el hombre por el misterio de la Redención, la curiosidad se trueca en anhelo ferviente, en devoción irresistible, y el cristiano se siente atraído hácia los lugares que el Dios Hombre pisó; á los que fueron su cuna; á los que fueron testigo de sus milagros; á los que repitieron el sonido de la voz que vino á unir al cielo con la tierra; al huerto en que nuestro Redentor sudó sangre por nosotros; á aquellos en que fué puesto como ludibrio á las gentes y dado en espectáculo á las naciones; y especialmente al excelso monte que sostuvo la cruz son el mayor de los tesoros, y sobre sí vió consumarse el inefable sacrificio que abrió á la tierra las puertas del cielo.

Nada de estrañar es, pues, que desde los primeros tiempos del Cristianismo fueran los Santos Lugares como centro de atracción para los adeptos de la nueva doctrina; que los cristianos no temieran fatigas ni contradicciones, y que hasta llegaran á arrastrar el furor de los perseguidores para satisfacer los impulsos de su fervor religioso. Alejados de Jerusalem los cristianos á causa de la guerra de esterminio emprendida por Vespesiano y Tito, la que, con el sitio y toma de la ciudad deicida, acabó con el último resto de independencia judaica, volvieron á la ciudad, despues de su destrucción, á disfrutar de la relativa tranquilidad en que les dejaban los Emperadores romanos. Allí acudian, desde lejanas tierras, en los primeros años del siglo segundo, segun la historia de san Alejandrino mártir, muchos santos prelados que dejaban sus iglesias para visitar el Santo Sepulcro del Señor. Aunque en el año 138 Adriano por edicto imperial prohibió á los judíos residir en Jerusalem, los cristianos, en su mayor parte conver-

tidos del gentilismo, pudieran no obstante habitar en la ciudad, ejercer los actos de su culto, y no solo visitar, sino tambien cuidar piadosamente los lugares de la muerte y resurrección de N. S. Jesucristo. Conocida, sin embargo, por el Emperador la extraordinaria devoción que los cristianos tenían á tan santos lugares; recelándose el mismo de que esto redundara en detrimento del culto á las divinidades paganas, y queriendo acabar con lo que él creía superstición, mandó construir un gran terraplen sobre el Sepulcro y el Calvario, edificar dos templos uno á Júpiter y otro á Venus, y erigir en la cueva de Belen una estatua á Adonis, mientras que por edicto imponía graves penas á los que profesasen la doctrina del Crucificado.

Aunque esto menguó el celo y devoción de los cristianos á los Santos Lugares convertidos en templo de impúdicas divinidades y en simulacros de idolatría, y contribuyó mucho á que disminuyeran las peregrinaciones á la Ciudad Santa; no impidió, sin embargo, que á pesar de los templos y simulacros gentílicos, fueran visitados y señalados á los peregrinos los lugares de la redención y la misma cueva de Belen, siendo más de admirar que fuesen los mismos paganos los que conservaban la tradición y mostraban á los cristianos el lugar donde nació Jesús (1).

En alternativas de persecución y tolerancia transcurrió el siglo III, á fines del cual vióse desatada sobre la Iglesia de Jesucristo la última y más tremenda de las persecuciones con que la afligieron los Emperadores romanos. No hubo parte del Imperio que se viera libre de ella; los procónsules y gobernadores extremaban las crueldades permitidas por unas leyes bárbaras; el mayor de los crímenes era ser cristiano, y quien se preciaba de serlo veíase precisado á optar entre la apostasía, muerte del alma, y una muerte corporal lograda sólo al cabo de indecibles sufrimientos. El cuadro de las persecuciones está trazado admirablemente por plumas contemporáneas, por manos escapadas á la mutilación, y no hay que repetirlo. Inútil parece decir que la Siria no se escaparía á los horrores del último estremecimiento con que agitó al mundo el paganismo al caer agonizante á los piés de la Religión cristiana.

Llegó empero la hora suprema. Encendidas aún las hogueras, casi humeante aún la sangre de los mártires, vióse un día brillar la cruz cristiana sobre la diadema de los Césares y transformarse á su fulgor las costumbres, dulcificarse las leyes, ablandarse cuando no quebrarse del todo las cadenas del esclavo, y sustituida á la autoridad arbitraria la caridad. La Emperatriz santa Elena, la madre del primer Emperador cristiano, extasiada de gozo por su triunfo de madre y su triunfo de cristiana, pudo decir á la faz del Imperio *soy Cristiana*, sin que á este grito acudiese la

(1) Origenes, lib. I contra Celsum; Tillemont, tom. 2, pág. 315; El Sepulcro de Jesucristo, 2.ª parte, cap. 2 y 3.

mano del verdugo para sofocarlo, y con ella pudieron decirlo á la luz del sol los sacerdotes, las vírgenes, todos los fieles á la nueva doctrina que batiendo palmas de triunfo dejaban la ciudad de las catacumbas para subir á la de los Césares en la que ya no serian parias.

Entonces volvieron á Jerusalem las peregrinaciones, de las que dió notabilísimo ejemplo la piadosa Emperatriz santa Elena que, á pesar de sus ochenta años, emprendió el entonces largo y fatigosísimo viaje á Jerusalem, y poseída de santo celo al ver profanados el Calvario y el Santo Sepulcro, mandó derribar los templos paganos sobre ellos levantados, logrando la incomparable dicha de encontrar en las excavaciones que se hicieron el madero de la Cruz y demás instrumentos de la pasión de nuestro Salvador. No satisfecha aún con esto su devoción, y deseando que tales preciosas reliquias tuvieran lugar digno de ellas, mandó construir un suntuoso templo, llamado del Santo Sepulcro por levantarse en el mismo lugar en que fué sepultado el Redentor, templo en que se desplegó toda la munificencia imperial que requerian su glorioso destino y la piedad de la santa Emperatriz y de su hijo Constantino. Fué el comienzo de una nueva y hermosa era para aquellos santos lugares, y el despertar del celo y devoción de los cristianos, que de todos los confines del mundo conocido acudieron á Siria, erigiendo capillas oratorias y monasterios en Jerusalem y sus cercanías.

Desde aquel momento no cesaron los continuos viajes á aquellas benditas tierras, siendo muchos y muy ilustres en nacimiento, letras y santidad los personajes que los verificaron. Entre éstos en el siglo iv descuellan Eusebio de Cremona, gran historiador de los primeros siglos, y san Jerónimo, escritor de copiosísima erudición sagrada y profana, que en la soledad de Belen buscó refugio contra las *delicias de Roma*, paz para su alma agitada, y en la cuna del Cristianismo y en el estudio de los Sagrados Libros halló, además del apetecido sosiego, aquella alta visión de las cosas santas que le ha colocado en la cumbre de los apologistas cristianos. Muy inmediatos al lugar en donde nació el Salvador se encuentran también los sepulcros de Paula, discípula de san Jerónimo, y de su hijo Eustaquio, nobilísimos romanos que quisieron vivir y morir en los lugares santificados por nuestro Redentor. En el mismo siglo iv san Gregorio de Nicea—un tanto opuesto á ciertos viajes y peregrinaciones, aun de los emprendidos con fines devotos, porque en su sentir tales viajes con frecuencia degeneran y paran en disolución—no pudo resistir los impulsos de su fervor: él mismo declara la inmensa alegría y los piadosos goces que experimentó al visitar aquellos mismos parajes que conservan los vestigios de la misericordia del Hombre-Dios para con la humanidad (1).

(1) Tillemout, tom. 9, pág. 581.

Más tarde la Emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio el *Jóven*, visitó la Palestina, donde murió; é igual fervor manifestó siempre su hija, la cual imbuida en los mismos sentimientos de fe y devoción que su madre, no la abandonó jamás en dichas peregrinaciones, siendo muchos y muy preciosos los regalos y dones con que ambas princesas enriquecieron el Santo Sepulcro. Del siglo vi consta por san Gregorio de Tours que fueron muy numerosos los viajes á la Palestina (1).

En el mismo siglo vi y principios del vii continuaba aún Jerusalem en poder de los Emperadores cristianos, formando parte del Imperio de Oriente. Sabido es que Teodosio el *Grande*, bien sea llevado del deseo de favorecer por igual á cada uno de sus hijos, bien con el objeto de que el inmenso territorio sujeto á su dominación pudiese resistir mejor á los ataques de los bárbaros que se despeñaban ya sobre Roma, dividió entre sus hijos el Imperio, entregando á Arcadio el de Occidente y á Honorio el de Oriente. Bien pronto el Imperio de Occidente naufragó en aquellas oleadas de razas que se empujaban y sobreponían unas á otras en las provincias romanas, las que una después de otra desaparecían para reaparecer luego fundidas en nuevos moldes, de los que, tras largo período de formación, han salido las nacionalidades modernas. El Imperio de Oriente resistió más tiempo por estar menos expuesto que la parte occidental y central de Europa á las embestidas y correrías de los pueblos llamados bárbaros. Empero esta tregua que los Emperadores de Bizancio pudieran haber aprovechado en vigorizarse contra las invasiones siempre amenazantes, aun en aquella parte de la Europa, lo malgastaron en las célebres *luchas bizantinas* que enervaron todo el vigor del Imperio y fueron causa y efecto á la vez de una de las más tristes decadencias que ofrece la historia: decadencia política, oculta en los teatrales esplendores de la corte; decadencia literaria, disfrazada de oropeles; decadencia filosófica, envuelta en sutilezas y sofismas; y espantosa decadencia, que trajo consigo la ruina lenta del Imperio que cayó pedazo á pedazo y por cuyos girones aun hoy se lucha en Europa. La Religión sufría no poco de aquel estado de cosas; las heregias brotaban á cada momento, favorecidas casi siempre por unos emperadores á quienes, si les faltaba el genio de aquellos famosos guerreros y políticos que dominaron al mundo con las armas, no carecían de su desenfrenado amor á la gloria, se decretaban triunfos, hacían revivir las antiguas fiestas triunfales, y se rodeaban de fausto y esplendores que han pasado á ser proverbiales. De cuando en cuando todavía surgían chispas de la antigua grandeza; ejemplo de ello vemos en tiempo de Heraclio. Este al ver amenazado su imperio por los persas, toma el mando del ejército, opónese á la invasión; pero no puede impedir que los invasores se

(1) Baronio, años 438 y 439.

apoderen de Antioquia y de Damasco, que penetren en Jerusalem, pasen á cuchillo los cristianos, destruyan las iglesias, incendien el templo del Santo Sepulcro y pare en sus manos la Santa Cruz. Heraclio, celoso de su poder, movido por sus sentimientos religiosos, amargado por la derrota, emprende con nuevo ardor la guerra contra Cosroas, y de victoria en victoria le arrebató de nuevo sus conquistas y consigue rescatar la Cruz.

Mientras este Emperador combatía eficazmente á los bárbaros, venía al imperio de los estragos y devastación que aquellos causaban en todos los territorios invadidos, assolándolos y pasando á fuego y sangre cuanto se oponía á su paso, un acontecimiento extraordinario vino á contrarrestar los esfuerzos de aquel Emperador, á contribuir de un modo fatal á la destrucción del imperio de Oriente, y á ser nuevo gérmen de persecuciones para el cristianismo.

No se habían aún de mucho apaciguado los vaivenes de los pueblos que invadieron la Europa, cuando en el Asia empezaba ya una nueva agitación continuadora de aquel período larguísimo en que pareció que las razas todas sufrían misteriosas agitaciones que les impelían á trasladar sus tiendas, á descubrir nuevos horizontes, á buscar nuevos climas. A las instintivas y desordenadas invasiones de los pueblos del Norte iba á suceder la reflexiva y calculada de los pueblos de Oriente, suscitados por uno de aquellos hombres de genio inquieto y audaz que parecen destinados á trastornar el mundo y cambiar la faz del universo. Hablamos de Mahoma.

Fué este uno de los mayores impostores del mundo, político, fundador de una secta y conquistador, todo en una pieza. Allí donde no llegaba la fuerza de la persuasión, la espada abría paso á sus ideas. No fué un filósofo, pero sí una de las mayores capacidades de la tierra: nadie le ha aventajado en conocer á su pueblo, halagar los instintos de la multitud, fanatizarla y unirla á sus planes; nadie como él ha sabido apoderarse de las circunstancias y convertirlas en auxiliadoras de su obra, informe como concepción filosófica, pero asombrosa como plan político, ridícula y feroz en sus detalles, pero grandiosa en su conjunto. Como tantas otras celebridades de la historia, Mahoma debe su grandeza á un cúmulo de circunstancias nimias que le pusieron en camino de alcanzar lo que por la humildad de su cuna no podía prometerse. Nacido en 570 de padre pagano y madre judía, pertenecía á la tribu de los Koreicistas, que se gloriaban, como todos los árabes, de ser descendientes de Abraham por Cedar, hijo primogénito de Ismaél. Quedó huérfano de padre á los pocos meses de su nacimiento, y de madre á los seis años. Del huérfano, que según algunos autores se vió en completa miseria y según otros sin más bienes de fortuna que un esclavo negro y cinco camellos, se encargó su abuelo paterno llamado Abdel Matalieb. Muerto este, Mahoma fué confiado á su tío Abon-Taleb, con

quien á los 14 años se unió á una partida de bandoleros que hacia sus correrías por la frontera de Siria y se ocupaba en despojar las caravanas que se dirigían á Damasco. Durante dichas correrías tuvo ocasión de relacionarse con un monje nestoriano del monasterio de Bosra y con un rabino judío, quienes le instruyeron en los libros del Nuevo y Antiguo Testamento por espacio de algun tiempo. A los 20 años tomó parte en la guerra de su tribu contra la de Hawazin, guerra motejada de impía por haberse declarado en uno de los cuatro meses llamados sagrados. A los 25 años pasó á Damasco y entró al servicio de la viuda de un rico comerciante llamada Chadijah, que tenía 40 años, con la cual casó, alcanzando de ella muchos hijos que murieron en tierna edad, escepto Fátima, casada más tarde con Alí Rochaia, hijo de Abou-Taleb, y por consiguiente primo del impostor.

El casamiento ventajoso contraído por Mahoma, las riquezas de que se veía dueño, la posición relativamente encumbrada que alcanzara, fueron otros tantos acicates de su ambición que crecía á medida que encontraba pábulo: lo que no es de admirar, pues la concupiscencia de las grandezas es tal vez la más insaciable de las concupiscencias, ya que las demás se moderan y extinguen con los años mientras, aquella crece con la edad y ni en los términos de la vejez se extingue, siendo el bien que se alcanza engendrador de nuevos y más concupiscentes deseos. La ambición y el sentimiento del propio valer dieron alas á Mahoma para atreverse á una empresa colosal, como era la de constituirse en árbitro de su nación, y en la que indudablemente se hubiera estrellado un ambicioso vulgar.

Mahoma carecía de prestigio, pues ni gozaba el que dan las armas ni el que nace de una larga gestión de los negocios públicos; era un rico mas, condición apreciable, pero insuficiente para tan atrevidos y grandiosos planes. Erale, pues, preciso improvisarse un prestigio que atrajera hácia él las miradas y le rindiese la voluntad de sus conciudadanos. En las circunstancias encontró masa dispuesta á sus propósitos. Arabia era un conjunto mal fundido de pueblos y de razas, con diversas costumbres y gran variedad de creencias religiosas, que además de ser múltiples, eran casi puede decirse inclasificables, pues lejos de conservarse claramente deslindadas las que profesaba cada secta, habíanse mezclado entre sí para constituir un conjunto mal unido, en que el gentil lo era con mezcla de cristiano, y el cristiano, con creencias de gentil y prácticas de judío, reinando en todas partes la superstición grosera que materializa lo espiritual y espiritualiza lo material. No era menor, por consiguiente, la confusión en las costumbres públicas y privadas; el desorden en las ideas había cundido en la esfera social y en la familiar. La reforma se imponía, pero para llevarla á debido término era preciso un hombre de grandes condiciones, que dedicara toda su voluntad, sus talentos, sus energías todas á la obra